

# Pedro Barceló, o la bonhomía

**POR ANTONIO SABATER Y MUT**

Singulares, auténticos y positivos merecimientos cabe poner de relieve en esta hora de la definitiva despedida del gran artista de más puro espíritu juvenil que a lo largo de tres cuartos de siglo ha tenido Mallorca: de Pedro Barceló.

Bastaría citar la artística creación que —con ímpetu parigual al de Miguel Angel al esculpir su impresionante Moisés—, hiciera de la gigantesca figura de Ramón Llull, para señalar la auténtica talla que alcanzara en su época de plenitud nuestro Pedro Barceló, único artista mallorquín de todos los tiempos que ganara para sus telas el merecido premio de que figuraran entre las obras maestras de los más egregios pintores que amorosamente cobija la pinacoteca vaticana.

Resultaría tarea imposible intentar enumerar los mejores lienzos logrados por su pincel privilegiado, cuadros que perpetuarán a través de siglos los hechos y los hombres más relevantes en la vida y en la historia de Mallorca de nuestro tiempo.

No pretendemos en estas rápidas líneas dedicadas al hombre bueno que pudimos tratar amistosamente a través de la larga ~~angladura~~ <sup>angladura</sup> de medio siglo, realizada conjuntamente a través de las aguas no siempre claras y remansadas de la actividad periodística, destacar los grandes méritos artísticos del estimado amigo. Pues si una apasionada vocación, que perduró hasta su gloriosa ancianidad, tuvo Pedro Barceló para la pintura, no menos fuerte vocación demostró para la comprometida tarea periodística de ejercer ilusionadamente, en las páginas de "Correo de Mallorca" y de DIARIO DE MALLORCA, la tarea difícil e ingrata de hacer la crítica de las figuras más sobresalientes del mundo isleño de las bellas artes.

Pues Pedro Barceló, muy por encima de sus relevantes méritos como pintor, como profesor y crítico, era el hombre bueno, amable, comprensivo, inteligente, el cristiano ejemplar cuya envidiable bonhomía, sabía encontrar, y elogiar, el menor atisbo de belleza que hubiera en la obra artística de más pobres merecimientos.

Si razones de espiritual delicadeza llevaron al maestro

consagrado a dejar en otra pluma menos preparada —la mía—, para seguir bajo magistral tutelaje la crítica pictórica, hasta hace poco, en su espiritual juventud, gozaba en llegar a la redacción tarareando la melodía de la ópera o de la zarzuela de turno para escribir en la alta hora de la madrugada su nota crítica, siempre serena, jamás airada, siempre aleccionadora. Pedro Barceló, para algunos, "no sabía pegar"; pero lo cierto es que Pedro Barceló, que conocía cuan rentable es mostrarse un Catón duro e hiriente, prefería siempre, lo exigía su bonhomía, ser el maestro que prefiere corregir enseñando y alentando, sobre todo a los jóvenes, incluso a los que seguían rutas muy distintas a las suyas en el arte de la pintura o de la música. Y en su admirable sinceridad, prefería no comentar modos y modas musicales o pictóricas en las que con toda su bonhomía no había podido encontrar el menor atisbo de belleza.

No caben en esta rápida y breve nota, de quien pudo conocerle y admirarle de cerca, más palabras, aunque cada una de ellas resultara un elogio. Pero sí queremos señalar que el estimado amigo, que procuraba estar siempre al día de todas las novedades artísticas en su noble inquietud para toda gran aventura humana, no vaciló en fatigarse durante largas horas de la madrugada para sentir el gozo de ver como el primer hombre llegaba a la Luna.

A manera de estrambote de estas líneas, un ruego al señor Alcalde. Obras surgidas del pincel de Pedro Barceló figuran en la galería de Hijos Ilustres de nuestra ciudad. Mientras llegue la hora de que su efigie figure en dicha galería, pedimos humildemente, pero seguros de solicitar lo que es justo, de que el nombre de Pedro J. Barceló Oliver sea dado a una de las nuevas y bellas calles de la ciudad.

Es la mínima atención que cabe tener a quien como artista y como presidente de la Comisión Provincial de Monumentos tanto y tan positivo ha hecho en favor de la Ciudad.